

La calle  
Diario de un espectador  
Da Ponte, don Juan  
por miguel ángel granados chapa

para el jueves 27 de septiembre de 2007

Lorenzo da Ponte era hombre de mundo. Escritor muy solicitado, tenía acceso a la corte de Viena, y contaba con la amistad del emperador José II. Se ufanaba de ello y de su facilidad para escribir. Ayer leímos cómo armó el libreto de la ópera de Mozart Las bodas de Fígaro. Ahora sabremos cómo hizo el de Don Giovanni:

“Martín, Mozart y Salieri, los tres al mismo tiempo, vinieron a pedirme un drama. Yo los quería y los estimaba. De ellos esperaba la oportunidad de reparar fracasos pasados así como acrecentar mi pequeño renombre teatral. Pensé que no sería imposible contentarlos a los tres escribiendo tres óperas a la vez. Salieri no me pedía un drama original. Había escrito para la Ópera de París la música de Tarara (pieza de Beaumarchais) que quería convertir en drama musical dándole un carácter más italiano y me pedía, pues, una traducción libre. Mozart y Martini me dejaban escoger el asunto. Para aquel elegí Don Juan, que le gustó mucho y El árbol de Diana para Martín, a quien quise darle un argumento amable que se adaptara a sus melodías tan dulces que poco saben imitar.

“Hallados estos tres asuntos, fui a ver al Emperador y le expuse mi intención de escribir simultáneamente las tres obras. ‘No lo lograréis’, me respondió. ‘Quizá no, repliqué, pero voy a intentarlo. Escribiré para Mozart en la noche y me parecerá que escribo El infierno de Dante. Escribiré por la mañana para Martini, y me parecerá escribir como Tetrarca. La tarde la dedicaré a Salieri y como si fuera Tasso”.

“Me parecieron muy bellos esos paralelos y apenas hube retornado a casa me senté al escritorio y escribí doce horas de un tirón. Tenía a mi derecha una botella de Tokay, el tintero en medio y una cajita de tabaco sevillano a mi izquierda. Una joven belleza de 16 años (a quien hubiera yo querido amar solamente como una hija, pero...) vivía conmigo acompañada de su madre, la encargada de la casa, y venía a mi habitación al son de una campanilla que, la verdad, yo hacía sonar frecuentemente y, cosa singular, en cuanto sentía yo que la imaginación empezaba a enfriarseme, me aportaba entonces bien un bizcocho, bien un a taza de café o no más que su lindo rostro, siempre alegre y sonriente y como hecho para inspirar la fantasía poética y las ideas ingeniosas.

“Así durante 2 meses continué trabajando 12 horas por día, con breves interrupciones, y durante todo ese tiempo la muchacha estuvo en la habitación vecina, sea leyendo un libro, sea cosiendo o bordando, para estar presta a acudir ante mi apenas sonase la campanilla. A veces se sentaba muy junto a mi, sin moverse, sin abrir la boca ni parpadear, mirándome fijamente, sonriéndome con dulzura, y suspiraba y a veces parecía que iba a llorar; esta niña fue mi Caliope durante la escritura de las tres óperas, y lo siguió siendo todavía para todos los versos que escribí en los seis años siguientes.

“Al comienzo la permití las constante visitas y luego, para terminar las obras, debí pedirle que fuese menos frecuentes, para no perder el tiempo en ternuras amorosas en las que ella era una perfecta maestra. Y, en fin, así fue que en la primera jornada de trabajo, entre el Tokay, el tabaco sevillano, el café, la campanilla y la joven musa, escribí las dos primeras escenas de Don Giovanni, otras dos de El árbol de Diana y más de la mitad del primer acto de Tarara, título que cambié por el de Azur. A la mañana siguiente llevé esas escenas a los tres compositores, que apenas podían creer a sus propios ojos mientras las leían. En 63 días la dos primeras obras estaban completamente acabadas y también las dos terceras partes de la última.

“Yo no había podido ver en Praga la representación de Don Giovanni, pero Mozart me informó inmediatamente de su maravilloso efecto”.